



Vol. 11, No. 3, Spring 2014, 360-367

Review / Reseña

Carassai, Sebastián. *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2013.

¿En qué pensaban? Acerca de las clases medias argentinas en los turbulentos setenta

Ana Sánchez Trolliet

Universidad de La Plata / Universidad de Buenos Aires/CONICET

El reciente libro de Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, que resulta de la adaptación de la tesis doctoral del autor realizada en la Universidad de Indiana, se propone como una nueva clave de lectura para explicar los convulsionados años de la radicalización política y la última dictadura militar en Argentina.¹ A diferencia de las investigaciones que se han ocupado de este período de la historia reciente, el libro de Carassai no se detiene en sus “protagonistas”. Aquí no son estudiados los dirigentes sindicales o

¹ El título original de la tesis es *The Argentine Silent Majority. Middle Classes, Political Culture, Violence and Memory (1969-1982)*.

partidarios, los sectores movilizados del movimiento obrero, la juventud politizada, los grupos armados de izquierda, las autoridades civiles, las agencias parapoliciales ni tampoco las fuerzas armadas.

Para el autor, la superabundancia de estudios sobre estos actores, y en particular el énfasis puesto sobre la guerrilla y los jóvenes militantes, ha tendido a “teñir todo aquel pasado con su intenso color” (34) y ha mantenido en las sombras a las posiciones de una buena parte de la sociedad que no estuvo involucrada de manera directa en la lucha ni la militancia política. Para saldar esta deuda, Carassai estudia a una “mayoría silenciosa”, las clases medias, cuyas “gestas anónimas”, desarrolladas en un segundo plano, también influyeron y sufrieron el rumbo que tomaron los acontecimientos en aquellos años.

El objeto de estudio que se recorta, las clases medias, presenta algunas complejidades para su definición dado que se trata de un sector social cuyos límites no responden únicamente a criterios económicos o productivos, factores privilegiados para establecer las distinciones de clase. Para saldar estas dificultades, las clases medias son analizadas en términos de “sensibilidad”. Recuperando la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu, Carassai advierte que se trata de una “construcción teórica basada en la existencia objetiva de diferencias y diferenciaciones que a su vez se expresan en disposiciones” también diversas (17). Desde esta perspectiva, gustos, prácticas, consumos culturales, maneras de pensar o costumbres diferentes y específicas respecto de otros grupos serían los elementos que afirman la pertenencia a una clase determinada. Aunque advierte que las clases medias no son un conglomerado homogéneo, resalta que “los datos socioeconómicos muestran que durante el período estudiado en este libro, las clases medias argentinas, de por sí heterogéneas, comparadas con las décadas venideras o con la etapa de su formación, fueron relativamente homogéneas” (19). En la

Argentina de los setenta, si bien se asentaron las bases para una completa transformación de la estructura social, todavía no había altos índices de desocupación, ni un pronunciado empobrecimiento de sus clases medias y el moderado estado de bienestar que todavía perduraba garantizaba aceptables niveles de educación y salud para la mayoría de la población. No obstante estas advertencias, las diferencias al interior de la clase tienden a ser ocluidas y en general se priorizan sus elementos compartidos. Por otra parte, el seductor, aunque polémico, apelativo de “gente común”, que excluiría de los parámetros de normalidad a los sectores populares, los militantes o los políticos, pareciera ser más un recurso publicitario del editor que una convicción del autor, puesto que pocas veces este término vuelve a ser reproducido en las páginas del libro.

Para comprender cuáles son las afinidades que estructuran esta sensibilidad de clase media en Argentina, Carassai recurre a un profuso corpus que incluye *magazines* de información general, humor gráfico, publicidades, obras de teatro y programas de televisión donde puede verse el modo en que estas clases fueron interpeladas e imaginadas. Además, la investigación se nutre de unos 200 testimonios orales. La memoria de los entrevistados fue activada a través de una singular metodología. Ellos fueron enfrentados a “Coma 13. Del Cordobazo a Malvinas. Trece años de historia en imágenes”, un documental realizado por el propio autor en el que durante dos horas se suceden cronológicamente diversos materiales de archivo audiovisual que incluyen informes de noticieros, fragmentos de películas, publicidades, portadas de revistas y series de televisión, entre otras cosas.

Otra de las novedades que Carassai introduce es la voluntad de romper con la hegemonía explicatoria que ejercen las experiencias de las grandes ciudades argentinas, en especial su capital, Buenos Aires. Por esto, el estudio de la metrópolis, epicentro de los acontecimientos políticos y sociales del período, se complementa con el análisis de otras dos localidades bien

diferentes entre sí: San Miguel de Tucumán, la capital de Tucumán, una provincia del noreste que tuvo una agitada vida política desde mediados de los años sesenta, y Correa, una pequeña localidad en la provincia de Santa Fe, cuyos 5.000 habitantes no experimentaron grandes sobresaltos durante estos años.

Con todo, Carassai no se dedica al estudio de las clases medias en su totalidad, sino que los universitarios politizados y las élites culturales y políticas son explícitamente apartados del análisis. El objetivo del libro es conocer el comportamiento del enorme público de clase media que desestimó o ignoró el llamado a la activación política y la acción violenta. El estudio de estos sectores medios se apoya en las memorias de las propias opiniones y en las representaciones sobre este sector en diversos medios de comunicación. Carassai describe una memoria difusa que no está exenta de contradicciones. Pese a esto, se destaca de modo recurrente la ajenidad que sintieron ante una realidad política interpretada como “surrealista”. Ante los conflictos que se multiplicaban en diversas regiones y parecían dividir al país, se recalca que los sectores medios reaccionaban como si se tratara de un problema extraño, perteneciente a “quienes hacían política, ya fueran civiles o militares” (78).

Los años setenta son presentados en el libro como los más violentos de la historia reciente. A partir de 1969 el panorama argentino se transformó por completo. Hasta entonces, afirma Carassai, el país se autopercibía como un lugar calmo y ajeno a las revueltas estudiantiles que se diseminaban por el mundo. La guerrilla, por su parte, tampoco parecía una cuestión que influyera de modo decisivo en la política nacional. Sin embargo, tras el estallido obrero-estudiantil de la ciudad de Córdoba de mayo de 1969, se pasó del asombro por la exigüidad de la violencia al sobresalto por su abundancia puesto que “la dialéctica política cedió paulatinamente su terreno a la de las armas y la lógica de la represalia [...] ganó un protagonismo inédito” (122).

Se plantea que aunque un extendido público se mantuvo ajeno a su ejercicio, la violencia fue asumida con relativa naturalidad. Esto fue así porque, afirma Carassai, la violencia devino un nuevo tipo de lazo social. La profusa presencia de armas y escenas violentas en consumos culturales como la publicidad o el humor gráfico configuraron un imaginario violento que se convirtió en el sustrato para que diversos tipos de violencia material (como la social, la armada y la estatal) pudieran prosperar. Esto dispuso un “fondo cultural agresivo y autoritario” (285) que naturalizó y banalizó la violencia logrando que una buena parte de la sociedad se acostumbrara a la tortura, el asesinato, el fusilamiento, el terrorismo, la guerra e incluso la desaparición y el secuestro de personas.

Con respecto a las posiciones políticas de las clases medias en este contexto, Carassai cuestiona las interpretaciones que describieron una peronización y un vuelco hacia la izquierda en estos sectores. En función de la revisión de estadísticas de época se afirma que el hecho de que un sector minoritario lo haya hecho (como los estudiantes universitarios y los intelectuales), no resulta suficiente para extrapolar estas conclusiones hacia el resto de la clase media. En cambio, verifica que persistieron de modo mayoritario en la cultura política antiperonista que había forjado su sensibilidad desde el primer gobierno de Juan Domingo Perón, aunque esta vez asumieron su presencia con una actitud bien distinta a la que habían tenido en los primeros gobiernos. “Ante el hecho irrefutable de un país peronista, las clases medias no peronistas desertaron: abandonaron la esperanza de un país gobernado y gobernable por una fuerza sin mayoría peronista” (56). Es esta deserción, antes que la activación política, lo que explica el comportamiento político de las clases medias en los años setenta. Por esto afirma que si bien compartían la creencia en la necesidad de rotundos y veloces cambios, el sentido de inminencia revolucionario del imaginario setentista fue extraño para el “ciudadano medio”.

En *Los años setenta de la gente común...* se periodiza a la década a partir de la distinción de tres tipos diferentes de violencia. En primer lugar, son analizadas las percepciones que tuvieron las clases medias sobre la “violencia social”, aquella que cobró la forma de estallidos populares y cuyo caso más sobresaliente, el Cordobazo (mayo de 1969), una multitudinaria insurgencia obrero-estudiantil, logró torcer el rumbo del gobierno militar de la autodenominada Revolución Argentina (1966-1973). En segundo lugar, se detiene en la “violencia armada”, para comprender las posiciones de los sectores medios acerca de la acción de los grupos guerrilleros y paraestatales que proliferaron entre 1970 y 1976. Por último, indaga en el modo en que fue experimentada la “violencia estatal” de una dictadura militar que hizo de la sistemática violación de derechos humanos una política de estado.

Carassai describe a los estallidos sociales como las manifestaciones de violencia que más empatía tuvieron entre los sectores analizados. Empero, esto no impidió que fueran condenados, sobre todo a medida que las luchas sociales cobraban mayor vigor. Por otra parte, salvo en el caso de aquellos que asistían a la universidad, los estallidos sociales pervivieron en la memoria superponiéndose con las acciones guerrilleras. A esta visión contribuyó la prensa escrita que tendió a “caracterizar los hechos de violencia como protagonizados por minorías organizadas, con objetivos más o menos subversivos”, ajenos a los intereses de esta “mayoría silenciosa” que se ubicaba en el lugar de la moderación y la racionalidad (74 y 75).

Con respecto a las organizaciones armadas, Carassai niega que los sectores medios hayan apoyado su accionar y destaca que la violencia armada fue sentida con mayor ajenidad que la violencia social. Cuestiona las herramientas metodológicas utilizadas por algunos estudios de opinión para medir la simpatía sobre las guerrillas durante sus primeros años. Para el autor estas investigaciones se habían basado en encuestas que construían

índices tramposos y poco rigurosos. Afirma, en cambio, que la relación entre la sociedad y la guerrilla “pareció definirse por la incomunicación” (160). Los calificativos de “locos”, “snobs” o “rebeldes”, entre muchos otros, demuestran esta sensación de distancia respecto de la militancia armada. Así, ante el ascenso de las acciones emprendidas por las organizaciones armadas los sectores medios manifestaron “una extendida disposición hacia su represión” (171).

Por último, el libro se centra en la violencia ejercida por el estado durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional iniciado por los militares en 1976. En uno de los capítulos más sustanciosos del libro, el autor cuestiona las afirmaciones de larga data sobre la actitud de unas clases medias consideradas como golpistas y colaboracionistas al régimen militar. Antes que establecer juicios morales, Carassai propone indagar, a partir de esquemas interpretativos que abrevan en la sociología, la teoría del estado y la filosofía, en las bases legitimidad de un gobierno que organizó sistemáticamente el secuestro, la tortura, la represión clandestina y la desaparición de personas. Se plantea que ante la diseminación de las distintas versiones de la violencia, las clases medias percibieron un estado que parecía haberse retirado; por eso la llegada de un gobierno militar, si bien suponía nuevas cuotas de autoritarismo, fue interpretada como “una promesa cierta de restauración del orden y de recuperación del monopolio de la violencia” (183). Por otra parte, para comprender la actitud de estos sectores con respecto a las prácticas represivas, Carassai interpreta algunas máximas de gran circulación entre las clases medias como síntomas de la existencia de una “superstición civil.” Expresiones como “algo habrá hecho” o “por algo será”, que sirvieron de difusa explicación para comprender la desaparición de personas, son leídas en este libro como representantes de una “fantasía ideológica” que respondía a la necesidad de confiar en el “supuesto saber” del Estado. Según el autor esto no explicaría

tanto la condena a las víctimas sino la necesidad de una racionalidad de estado.

Para concluir, el productivo análisis que Carassai presenta para comprender el papel de las clases medias en los años setenta ha permitido romper con extendidos prejuicios devenidos en sentido común y a su vez ha inaugurado nuevos interrogantes. Si un sector tan importante de la sociedad no midió su experiencia por la política y se sintió ajeno a su devenir en una época donde ella aparecía para muchos actores indiferenciada de otras esferas de la vida, resta responder a la pregunta por aquello a lo que estos sectores medios no fueron ajenos. En el estudio de Carassai se eclipsa la comprensión de los ámbitos de subjetivación de este grupo social. Si una vida política en ruinas parecía un problema de otros, restaría comprender qué fue aquello que sintieron propio.